

TOMO SEGUNDO.

LA FE Y LA CIENCIA.

PRIMERA PARTE.

Capítulo primero.—**Situaciones respectivas de la Ciencia y de la Revelación.**—¿Tal vez son las verdades de la Fe contrarias á las verdades de la ciencia, cuando ésta condena á aquella? Esta duda implica contradicción en sus términos. La verdad no puede ser contraria á sí misma. Pruebo de sobras, en el segundo y tercer volúmenes de mi obra, la armonía perfecta de la fe y la ciencia. Los dos tienen su origen en Dios, y lejos de combatirse, deben darse y se dan mutuamente la mano para remontarse juntas y refundirse en la vision intuitiva de la verdad, de la bondad, de la belleza infinita. En ella misma la ciencia humana, que posee el exclusivo conocimiento de los hechos y de las leyes de la naturaleza, tiene su dominio aparte. Ella puede y debe marchar recta ante ella, sin pensamientos ocultos, sin inquietarse directamente por las relaciones que sus teorías y hechos pueden tener con los hechos y dogmas de la fe; pero aquella permanece tan sumisa á ésta como á Dios. La fe nada tiene que temer de la verdadera ciencia, de la ciencia ya adulta, de la ciencia que ha conseguido el estado de certeza absoluta. Al contrario, grita sin vacilacion alguna: *Tú eres mi amada hermana, crece y multiplicate sin cesar.* La verdadera ciencia es la perfeccion del espíritu, como la virtud es la perfeccion del corazon. Pero como la ciencia no deja de ser humana, pasa como todas las cosas humanas, sus trabajos y sus crisis: ¡el mismo amor loco á la ciencia es el que ha perdido al género humano! Sus peligros son considerables, y nosotros nos imponemos el deber de enumerarlos: la ciencia es naturalmente vana y orgullo-

sa; la ciencia es exclusiva: la ciencia es terca. ¡Oh! no, la fe no es enemiga de la ciencia. Nosotros los católicos tratamos á la ciencia con el respeto que se la debe; la amamos, la honramos y animamos. Pero lo que es verdad, mucha verdad, es que aquellos que se atribuyen hoy día el monopolio de la ciencia son los que tienen más horror á la fe. Ellos no vacilan en decir: *El que admite las fórmulas y los artículos de la fe no puede ser amigo de la verdad... ¡Ya ha llegado el tiempo de decir á estos hombres de fe que el escepticismo y la infamia están de su parte!*

Annuncia ahora para confirmarlo completamente más tarde, el hecho esencial y capital que, si la Revelacion y la ciencia no están en armonía en ciertos puntos, es únicamente: 1.º porque la ciencia no está ó no es bastante adelantada; 2.º porque la filología, siempre impotente para darnos la verdadera significacion de las palabras del texto hebreo, presenta dificultades insuperables en la apariencia.

Además la verdad absoluta de los Libros santos está afirmada por dos imponentes caractéres: el primero es que los hechos de la Biblia tienen por confirmacion una no interrumpida tradicion del Génesis al Apocalipsis, de Moisés á san Juan Evangelista; el segundo es que estos mismos hechos se encuentran desfigurados, pero que se pueden reconocer, en los anales de todos los pueblos, hasta los más lejanos tiempos en que pueda uno remontarse, hasta tal punto que un concienzudo y brillante escritor, el abate Gagnet, ha podido con los testimonios de los autores paganos hacer una *Biblia sin la Biblia.*

Capítulo segundo.—**La ciencia de la Biblia.**—Los Libros santos en una multitud de pasajes anuncian los hechos, ó hacen alusion á las teorías de muchas de las ciencias, la cosmología, la cosmogonía, la física del globo, la historia natural, la meteorología, la astronomía, la etnología, la historia, la geografía, la biografía é higiene, etc. Doy aquí por la primera vez, con el título de la

Ciencia de la Biblia, el catálogo exacto de estos textos de los Libros santos, tan admirables por su verdad y majestad, reservándome el demostrar más tarde detalladamente que están en perfecta armonía con los datos de la ciencia más adelantada, y que no se puede dejar de mirarlos como divinamente inspirados.

Con el título de *Nomenclatura bíblica* añado la enumeración hecha por la Biblia, de los pueblos, naciones, familias y razas, etc.; de las profesiones, viviendas, muebles y útiles, vestidos y ornamentos, materiales de construcción, etc.; de los metales y piedras preciosas, plantas, animales domésticos y salvajes; de las sustancias alimenticias, de los datos relativos al arte literario, á la legislación, al gobierno, al arte militar y naval, á la música, á los pesos y medidas y á las enfermedades y remedios. Análisis, en fin, rápidamente el admirable conjunto de las leyes mosaicas, religiosas, morales y políticas de los Hebreos. Estas citas fieles, pero demasiado lacónicas, dan de los Libros sacros una idea abrumadora y de paso declaran su inspiración divina. Es todo un mundo, un mundo verdadero, bueno, bello y grande.

Este libro incomparable que de todo trata, y que se presenta como infalible en todas las cuestiones, es el blanco, hace ya más de tres mil años, de la contradicción de los hombres, sin que haya sido posible hasta aquí convencerle en un solo punto ni del más ligero error ó descuido, como lo probaremos invenciblemente.

Y hé aquí porque en nuestros días vemos forzadas todas las ciencias, á las cuales subleva una audaz filosofía después de la más ruidosa y ostentosa revolución, á inclinarse una vez más ante los oráculos, inútilmente puestos en litigio, de Moisés y otros escritores sagrados.

Capítulo tercero.—*La Cosmogonía de Moisés y la Cosmogonía de la ciencia.*—En el resumen rápido de la ciencia de la Biblia, no hemos encontrado en ninguna parte pretensiones á una enseñanza dogmática, sino en todo un

eco fiel de los hechos de la naturaleza, tal como los han puesto en evidencia las investigaciones de los más acreditados sabios. Como ejemplo convincente de la armonía perfecta de la ciencia revelada y de la ciencia humana, tanto desde luego á la Cosmogonía, y siento sucesivamente estas diversas proposiciones.

1.^a *La Cosmogonía de Moisés es verdadera.*—Con el mismo lenguaje, si bien cada una á su manera, hablan la Ciencia y la Revelación sobre el origen y creación de los mundos: en el principio Dios crió el cielo y la tierra, es decir, primero la materia primera, la cual debía servir para la formación de los cuerpos celestes y terrestres. Esta primera materia existe en estado de elementos impalpables é incompresibles, constituían una especie de mezcla confusa ó abismo insondable, rodeado de profundas tinieblas, sin energía alguna actual, bajo el imperio de una simple energía virtual.

2.^a *Los rasgos generales de la Cosmogonía de Moisés son verdaderos.*—La vida vegetal precedió á la animal tanto en los mares como en la tierra. La vida animal fué en primer lugar representada por séres que viven en el seno de los mares. A los animales marinos sucedieron las aves; la vida animal desarrollóse posteriormente en la tierra, y el hombre apareció el último entre los séres.

3.^a *La relacion de Moisés hubiera podido quedar completamente fuera de las discusiones de la ciencia*, en el sentido de que diversas interpretaciones permitidas ó toleradas, interpretaciones emitidas por los Padres de la Iglesia ó por teólogos ortodoxos sobre la creación simultánea y la creación antehexamérica, nos autorizan á rechazar hasta la sombra de una exposición científica.

4.^a *La Cosmogonía de Moisés presenta rasgos tan notables de verdad é inspiración que se impone á la ciencia.*—La unidad de materia de los mundos, el caos primitivo, el *fiat lux*, el firmamento y la atmósfera, la sumersión general del globo, el levantamiento de las montañas, la tierra antes que la luz, la vegetación antes que el sol, el origen y el sucesivo

desarrollo de los séres, las afinidades entre estos, el descanso del día séptimo, etc... Este descanso, sobre todo, tan admirable y misterioso tiene un alcance inmenso. ¡Ningun elemento nuevo, ninguna generacion ulterior, ninguna especie nueva definitivamente constituida, sino solamente las razas! Los alquimistas han puesto manos á la obra durante los siglos y no han producido transformacion alguna en los metales. Los heterogenistas á su vez han sudado agua y sangre para hacer aparecer nuevos séres animados, mejor dicho vibriones y mónadas, y no han obtenido cosa alguna, y si algo han obtenido, es porque han operado en la materia primitivamente organizada.

5.ª *La Cosmogonía de la ciencia está inspirada por la Cosmogonía de Moisés.*—Sólo una hipótesis grandiosa ha bosquejado la ciencia sobre la Cosmogonía, la de Herschel y Laplace, y un sabio ilustre, Ampère, que creía en la ciencia é inspiracion de Moisés, ha conseguido demostrar que esta hipótesis se verificó completamente en la Cosmogonía de Moisés.

6.ª *La Cosmogonía de la ciencia es insuficiente.*—Todo espíritu sensato no negará que las cuestiones de origen están completamente fuera de los límites de la ciencia. Cuando se considera la inmensidad de los hechos geológicos, tan abrumadores por su número como por su grandeza, y las explicaciones que han querido dar los geólogos, confúndese uno. Estas no son en realidad, aun sobre las fechas fundamentales, mas que dolorosas letanías de desalientos y de amargas contradicciones. Las enumero muy á pesar mio para vengar mi fe de los atrevimientos de una ciencia sublevada contra ella. Casi tentado estoy por creer que Dios para humillar al espíritu humano ha constituido de un solo golpe, por un solo acto de su voluntad, los mundos en general y el globo terrestre en particular, con la sucesion indefinida de sus capas sobrepuestas, de sus fósiles é innumerables minerales.

7.ª *La Cosmogonía de la falsa ciencia es la negacion de los hechos.*—Los pretendidos principios en que se apoya la

teoría darwiniana del origen de las especies: la lucha ó conflicto por la existencia, la ley de divergencia de caracteres y la seleccion natural, son puras abstracciones. Creer con Lamark en la variacion lenta é indefinida de las especies, con Huxley en su evolucion, con M. Owen en su derivacion, con Vogt en su transformacion, con Darwin en su trasmutacion, es oponer á todo cuanto sabemos de lo pasado y presente de nuestro globo lo falso, lo desconocido, ó aun lo imposible, la ignorancia ó la negacion brutal de los hechos. Lo pasado y lo presente de nuestro globo afirman la fijeza de las especies y la verdad del Génesis mosaico.

Capítulo cuarto.—La creacion del hombre segun la Revelacion y segun la ciencia.—Olvídase demasiado que sobre estas graves cuestiones fué la Revelacion la primera que poseyó y posee todavía el terreno. Su primer título de propiedad es el Génesis, el más antiguo entre todos los libros, historia verdadera adornada con numerosas indicaciones de lugares, con genealogías ó continuas series de nombres de personajes cuya existencia fué cierta. El segundo de estos títulos es una tradicion no interrumpida, que une los tiempos actuales sin interrupcion alguna con los orígenes de la humanidad; el tercero, en fin, es la divinidad de nuestra santa religion, y por consiguiente la infalibilidad de todo lo enseñado por ella. A estos títulos auténticos de posesion sólo oponen nuestros adversarios aserciones puramente gratuitas, hechos mal interpretados, y razonamientos especiosos, pero sin valor. Ya á mitad del siglo pasado, el presidente Goguet, en su gran obra, *El origen de las leyes, de las artes, de las ciencias y del progreso entre los pueblos antiguos*, mostró, en la simple historia de la dispersion del género humano despues de la confusion de las lenguas, la razon necesaria y suficiente de todos los hechos de la historia de la humanidad que la pretendida ciencia prehistórica nos habria revelado. Esta historia la ha resumido M. Belgrand, de la Academia de cien-

cias y director general de aguas y sumideros de la ciudad de Paris, en los siguientes términos en su obra, *El Estado que parisien en las edades antehistóricas*. El hombre y la mujer mejor organizados, que han llegado al estado más perfecto de civilización... si fueren abandonados á sus propias fuerzas en una tierra desierta, verian á sus hijos desde las primeras generaciones vestidos con pieles de animales, felices si encontraban un pedernal con que defenderse ó con que herir su presa..., en una palabra, reducidos al estado salvaje...»

Es, pues, la tradicion bíblica, la que nos muestra en los grandes hechos de la confusion de las lenguas y de la dispersion el origen y la causa de la existencia en toda la superficie de la tierra de hombres no nacidos, pero sí cuidados, en el estado salvaje. Y cuando interrogamos á la verdadera ciencia sobre estas tres grandes cuestiones, la creacion del hombre y sus circunstancias esenciales, el reciente origen del hombre en la tierra, la unidad de la especie humana, nos dá la misma respuesta que la Revolución, ó al menos, no dá en ningun punto una respuesta contradictoria.

La creacion inmediata é independiente del hombre y de la mujer.—La Revelacion quiere que la creacion del hombre haya sido inmediata; la verdadera ciencia afirma que la teoria simica del hombre es sólo una pura hipótesis, un simple juego de fantasía, en favor del cual no se ha podido invocar hecho alguno preciso, antes al contrario todo afirma el poco fundamento que tiene. La Revelacion nos enseña que el hombre fué criado en el estado adulto y perfecto, social ó civilizado. La ciencia de ninguna manera ha demostrado que el hombre haya aparecido en la tierra en estado salvaje, con su inteligencia y todas sus facultades en potencia solamente como una tabla rasa. Y la sana filosofia demuestra la imposibilidad absoluta de la transformacion por sus propias fuerzas de un hombre salvaje en civilizado, eu hombre actual. En todo caso, toca á

nuestros adversarios demostrar esta posibilidad por los hechos ó por la experiencia, lo cual jamás tratarán de hacerlo. Añado que para todo hombre sensato la experiencia está ya hecha; lo pruebo por la relacion de muchos hechos auténticos.

La Revelacion afirma que Dios crió al hombre, varon y hembra, que hizo á la mujer como crió al hombre en el estado adulto y perfecto. Ante la creacion de la mujer, la ciencia permanece completamente muda. Ni aun trata de explicar la aparicion simultánea del primer hombre y de la primera mujer. No se atreve á decir cómo la hembra predestinada del mono antropogeno que es *uniparo*, dió á luz á la vez dos séres humanos, varon y hembra. ¿Cómo, si ha parido un macho primero y una hembra despues, ó reciprocamente, estos dos séres humanos se encontraron y se descubrieron en el tiempo y en el espacio? ¿Cómo, si la evolucion y el progreso de los séres es la gran ley de la naturaleza, los monos que en otro tiempo engendraron hombres, no los engendran hoy día y permanecen monos? Segun la opinion de gran número de Padres y teólogos, como tambien segun la interpretacion comun de la Iglesia, la extraccion de la costilla y la formacion con este fragmento del hueso del cuerpo de la compañera del hombre son realidades divinas y milagrosas, ante las cuales nuestras inteligencias deben inclinarse. Si se quisiese considerar como una alegoría este símbolo, seria preciso al menos convenir con el mismo Voltaire, en que esta alegoría constituye un admirable punto de partida para la divina y notable ensenanza de la inalterable concordia que debe reinar en el matrimonio, de la afeccion profunda que deben profesarse las almas de los esposos unidas inseparablemente.

El paraiso terrenal y la edad de oro.—La Revelacion afirma que el hombre tuvo un centro único de creacion; veremos como la ciencia afirma á su vez la unidad de origen de la especie humana. En todo caso á los partidarios

de la multitud de centros de la aparición del hombre, es á quienes toca demostrar, lo que no harán jamás, la necesidad y realidad de aquellos. El Eden, jardín de delicias, habitación primitiva inocente y dichosa del hombre, la edad de oro del Génesis háse conservado en la memoria de todos los pueblos, «y esta conformidad unánime, dice M. Renan, descansa necesariamente en algun rasgo general de la condicion de la humanidad, ó en algunos de sus más profundos instintos.» Las tradiciones que hacen nacer al hombre en el estado adulto, social y perfecto, son incontestablemente más numerosas y respetables que las que nos lo muestran disperso y salvaje. ¿Por qué no serán las unas y los otros en las épocas de la creacion y de la dispersion la expresion de la verdad? Enseñanos la Revelacion que el hombre fué frugívoro antes de su caída, herbívoro despues de ella y carnívoro despues del diluvio. La ciencia nos revela á su vez que el hombre no es esencialmente ni frugívoro, ni herbívoro, ni carnívoro, sino omnívoro. La Revelacion nos dice que el hombre con el régimen frugívoro del Eden debía ser inmortal; que con el régimen herbívoro antes del diluvio podia vivir nuevecientos años; y que con el régimen carnívoro ú omnívoro, despues del diluvio, el máximum de su vida reduciríase á ciento veinte años; en fin, que en el periodo actual, la edad media del hombre es de setenta años, de ochenta para los poderosos de la humanidad: estas pocas palabras dicen más que todos los estudios de la ciencia moderna sobre la longevidad humana.

Capítulo quinto.—La tierra centro del mundo; el hombre rey de la creacion; el lugar del hombre en la naturaleza.—La Iglesia Católica y las Santas Escrituras no enseñan en ninguna parte lo que se califica de *error geocéntrico*, esto es que la tierra es el centro, el punto culminante del mundo, y que el universo entero ha sido hecho para este globo infinitamente pequeño. Se han contentado con afirmar que el sol, la luna y las estrellas han sido

en parte criadas para iluminar la tierra y servir para las necesidades del hombre. Siendo así, ¿quién podrá negar este hecho tan claro como el día?

Diga lo que quiera el libre pensamiento, nuestros antiguos dogmas de la Encarnacion y Redencion en ninguna manera son un obstáculo á la existencia de otros mundos, de otros soles ú otros planetas. De ningun modo la pluralidad de los mundos es una cuestion científica que se puede oponer á la fe. En cuanto á la doctrina antropocéntrica ó antropomórfica, que haria del hombre el centro y objeto del mundo inorgánico y orgánico, y del cual seria al mismo tiempo el amo y rey, es una verdad natural y revelada á la vez. «Al lado de las obras maravillosas del espíritu humano, decia Francisco Arago, ¿qué importan la debilidad y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué importan las dimensiones del planeta que es nuestra morada, del grano de arena sobre el cual nos es dado aparecer algunos instantes?» ¡Por algunos instantes! Segun las doctrinas de nuestros adversarios el cielo estrellado seria un cruel reto arrojado al hombre. La fe nos autoriza á pensar que en la eternidad iremos de mundo en mundo, que veremos de cerca, segun el lenguaje del Salmista, los cielos, obra de las manos del Criador, la luna y las estrellas consolidadas por aquellas. La soberanía, la dominacion del hombre es un hecho más claro que el día. Nada seria capaz de arrebatarle su poder. Los viajeros y los misioneros están unánimes en reconocer el cumplimiento de este oráculo divino: «Imprimiré tu terror en todos los séres.» Hay más; cuando el hombre ha llegado á ser parecido á Dios por el heroismo de sus virtudes, como los Pablos, los Antonios, los Franciscos de Asis, los Anchieta, ha conseguido literalmente ser el rey de la naturaleza; los animales, aun los más feroces, son para él esclavos sumisos, servidores fieles, amigos sinceros.

El ser, la vida, la sensibilidad, la razon.—La ciencia y
TOMO IV. 4

la Revelacion afirman igualmente estas cuatro gradaciones del sér; pero si se trata de penetrar la naturaleza de cada una de estas participaciones á la existencia, la ciencia no hace más que equivocarse ó balbucear.—*El sér.* Despues de adorar al Dios criador, el *Sér necesario*, eterno é infinito, la fe explica, tanto como puede hacerlo, el misterio de la creacion del hombre y de los séres. La falsa ciencia, proclamando necesaria y eterna una materia inerte y limitada, que podria estar más ó menos extendida, tener tal ó cual forma, ocupar tal ó cual lugar, condena la inteligencia á contradicciones rebeldes y sin fin.—*La vida!* Para la Revelacion la vida es el efecto de una intervencion creadora; se propaga indefinidamente, segun el género y la especie, por el gérmen que le es propio. Este gérmen es indispensable, y jamás la vida podrá salir de una molécula de materia á la cual Dios no le haya dado el gérmen. La ciencia afirma sin vacilar que nada sabe de la naturaleza y del origen de la vida, que ve transmitirse de generacion en generacion desde su aparicion en la tierra, que no sabe ni de dónde viene ni á dónde va. Sin embargo, el jefe de la escuela experimental, M. Bernard, define la vida de este modo: «el estado de los séres organizados y animados que tienen en sí el principio de desarrollo, de nutricion y reproduccion,» y pone al sér animado *bajo la influencia de una idea creadora*, que se transmite por herencia. *Si se trata de la vida orgánica, nutritiva y reproductiva*, la planta, así como el animal, puede ser considerado con Bossuet como un mecanismo ingenioso en que la industria reside, no en la obra, sino en el artista, y que constituye el instinto. Cuando no es cuestion de la vida vegetativa y del instinto, sino de la vida sensitiva y de relacion, al mecanismo es preciso añadir el mecánico ó un alma forma del cuerpo. Para el animal esta alma puede ser puramente sensitiva; su accion puede limitarse al desarrollo y ejercicio de los órganos de los sentidos, de tal manera, que lo que termina esta evolucion y ejercicio consume el destino de su alma.

La síntesis del hombre.—El lugar de éste en la naturaleza.
—La Revelacion pone al hombre en posesion de los cuatro grados de la existencia, el sér, la vida, la sensibilidad y la razon; en esto está en perfecta armonía con la ciencia. Pero ella niega la razon al animal, no concediéndole más que una inteligencia limitada exclusivamente al dominio de la sensibilidad, teniendo en su favor el sentido comun y el buen sentido. La razon coloca al hombre á una distancia infinita de la bestia. Y el mismo M. Huxley, que hace descender al hombre del mono, no vacila en decir: «Hay una distancia inmensa entre el poder mental del hombre de más poca inteligencia, al del mono de la más elevada; los separa un abismo enorme. La posesion del lenguaje articulado es la primera causa de la *inmensa y, en la práctica, infinita divergencia del abolengo humano.*» Por esta razon M. Florens decia: «La especie humana excluye á todas las otras, y ella á su vez es excluida. Ella no tiene semejante, es sola y única.» Y M. de Quatrefages añade: «Difiero tanto el hombre del animal y con los mismos títulos que éste difiere del vegetal; para él solo debe formarse *un reino, el reino-hombre, reino humano*; y este reino está clara y sólidamente constituido por caracteres del mismo órden que los que separan los unos de los otros á los grupos ó reinos primordiales, mineral, vegetal y animal.»

El hombre físico y espiritual. El alma humana.—«Que se examine el hombre á sí mismo, decia el gran Buffon, que se analice y profundice, y reconocerá bien pronto la nobleza de su sér, sentirá la existencia de su alma, dejará de envilecerse; verá con una sola mirada la distancia infinita que el Sér supremo ha colocado entre él y los brutos animales. El alma humana es simple, activa á la vez que pasiva, una, libre, inmortal, unida hipostáticamente al cuerpo, forma de éste, de tal modo que el hombre no es una inteligencia servida por órganos, sino que el alma forma con el cuerpo un todo material y espiritual á la vez, en el cual los dos elementos se llaman, se exigen y

se completan el uno al otro. La verdadera ciencia confirma y demuestra á su manera las propiedades esenciales del alma humana. La ciencia sublevada le opone excepciones, dudas hipócritas, negaciones, ironías, blasfemias que causan su ruina.

Por efecto de la íntima union del alma y del cuerpo, lo que hace que el alma sea la forma de éste, es muy natural y aun necesario que las operaciones y emociones del alma, la atención, el querer, la alegría, la tristeza, el temor, etc., se trasluzcan en el cuerpo, sobre todo en el cerebro y en los centros nerviosos, por efectos físicos y fisiológicos que han podido evaluarse, y que llegan á ser hasta cierto punto la medida, ó al menos la expresion correlativa de los fenómenos físicos. ¡La ciencia moderna ha hecho constar que el ejercicio del pensamiento determina un descenso de la temperatura del cerebro! Pero ella es la primera en reconocer que esta dependencia física no excluye de ninguna manera un elemento espiritual distinto de los tejidos del cerebro, un alma venida de Dios y que debe volver á Él. Además, ¿qué es este pequeño descenso de la temperatura del cerebro comparado á un fortísimo dolor de cabeza causado por la contencion del espíritu, á las contomociones violentas excitadas en el organismo entero por las vivas emociones del alma, el miedo, el amor, la alegría, la ira, la cólera, la vergüenza, emociones que muchas veces han causado el albinismo casi subitáneamente, la canicie, el aniquilamiento de todas las facultades locomotrices, la pérdida de la memoria, la locura, enfermedades terribles, la epilepsia, la apoplejia, etc., la muerte?

La distincion entre el alma y el cuerpo, dice un fisiologista célebre, el doctor Carpenter, es tan patente, que cada uno puede todos los dias observar los fenómenos subjetivos en los cuales el alma es activa sin que el cerebro se aperciba de ello, ó en las que el cerebro obra sin que el alma note su actividad. Esta accion del cerebro ó cerebracion inconsciente da muchas veces á nuestros jui-

cios una tendencia que es muy fácil ignoremos. Fortificada y exagerada por la costumbre, puede llegar hasta el extremo de que el individuo no sea responsable de sus actos. En la doctrina ortodoxa, la accion habitual ó continua del alma llega á modificar aun la forma del cerebro en el individuo y en la raza. El alma hasta cierto punto forma el cerebro, y este á su vez domina al alma. Así es que un pueblo civilizado puede descender física y mentalmente al estado salvaje, mientras que un pueblo caido en el salvajismo tiene necesidad de cierto tiempo, de muchas generaciones tal vez, para alcanzar física, fisiológica y psicológicamente la civilizacion. La cerebracion inconsciente puede sólo explicar el hecho horrible de que hombres distinguidos, profesores instruidos, lleguen á perder todo sentimiento religioso y aun á considerar la causa primera, Dios, como el enemigo irreconciliable de la humanidad. Tambien ¡ay! por la cerebracion inconsciente, por el embarazo y endurecimiento del cerebro, una débil y dolorosa minoria atrevése á afirmar que el hombre difiere del animal, no esencial ó cualitativamente, sino secundaria ó cuantitativamente, de más á menos. Aquellos mismos, sin embargo, que han llegado á conceder la razon al animal (la cualidad que el sentido comun universal define como la que separa al hombre del animal), nieganle el poder de abstraer y generalizar, origen necesario del lenguaje articulado y de la razon. Es verdad que este poder de abstraccion es actualmente muy pequeño en el salvaje; pero es accidental y temporalmente, en tanto que es radicalmente nulo en el animal. En el hombre puede estar oculto ó virtual, pero está en él natural y enteramente, pues que en el salvaje ó sus descendientes puede haber un hombre de génio. La raza humana más baja, la más degradada, siempre y por todas partes posee el lenguaje articulado, pudiendo llegar por este infaliblemente á la abstraccion, al pleno ejercicio de la razon, á la civilizacion, etc. La relacion del hombre al animal es por lo tanto la de lo finito ó nada á lo infinito. Naturalistas y filósofos conceden al ani-

mal, á más del instinto, este guía casi siempre infalible, la *inteligencia*, pero convienen que no se trata de la inteligencia superior, que se llama *razon*, y por la cual, como dice Jouffroy, el hombre se *comprende á sí mismo* y con él las cosas que le rodean, la relación que existe entre la naturaleza de estas y la suya; sino de la *inteligencia media ó inferior*, en alguna manera *completamente sensitiva*, que basta á los brutos para reconocer el objeto de sus necesidades, deseos ó apetitos.

El fin del hombre.—La Revelación nos enseña que Dios lo hizo todo para sí mismo, al hombre y á las criaturas; y por consiguiente que él es su último fin. El hombre en particular ha sido criado para adorar, amar, servir á Dios, y por el cumplimiento de estos tres grandes deberes merecer la vida eterna. La razón del hombre, su corazón, su experiencia y los mismos seres criados, por su nada, le manifiestan que todo su sér estará completamente *haguieto*, mientras no descanse en Dios. La ciencia confirma, tanto como puede, esta gran verdad, haciendo constar que la idea religiosa se encuentra en todo el globo y entre todos los seres humanos; todas las razas humanas creen en un mundo distinto del que habitamos, *eo* ciertos seres misteriosos á quienes deben temer ó venerar, en una existencia futura que espera á una parte de nuestro sér después de la destrucción del cuerpo.

El hombre á su vez es el fin del animal, el rey de la naturaleza entera, y la ciencia se ha visto obligada á reconocer que este imperio es tanto menos usurpado, cuanto no es del hombre, sino del Criador, que inspire el instinto al animal, haciéndole sumiso y fiel al hombre.

La inmortalidad y la resurrección.—Todas las comuniones cristianas están unánimes en creer con la Iglesia católica en la inmortalidad del alma unida á su cuerpo. Este dogma es evidentemente muy conforme á la razón, á la sana filosofía. En efecto, puesto que el alma no es por ella sola la

personalidad humana, puesto que ella no es el yo humano sino en su unión con su cuerpo, que la exige y es exigida, la completa y es completada, es natural y justo que el todo humano, el alma unida al cuerpo, sobreviva para ser recompensado ó castigado.

Respecto al dogma de la resurrección de los cuerpos la ciencia verdadera, después de haber hecho constar de nuevo que la idea de la inmortalidad, de un lugar de delicias y de tormentos sin fin, es como inseparable de la humanidad, cúbrese el semblante y adora. Concibe sin embargo perfectamente que haya en el cuerpo de cada hombre algo esencial, que posea en el momento en que era animado y vivificado por el alma, que siempre ha poseído y poseerá siempre lo que con el alma constituye su yo. Concibe que todo lo demás que es adventicio é inestable, adquirido sucesivamente y perdido por la nutrición, la digestión, la asimilación, la circulación, no es él; y que la resurrección no la tendrá que pedir á otros cuerpos. Luego la falsa ciencia imagina sobre la naturaleza de los cuerpos sistemas é hipótesis que desvanecen ó debilitan en una proporción enorme las objeciones contra la posibilidad de la resurrección: por ejemplo la Pangenesis de Darwin, que convierte el cuerpo de cada sér en elementos infinitamente pequeños ó células; la opinión de Platon y Berkeley, que hacen del cuerpo una especie de envoltorio limitado ó modo del alma, sola mónada real ó esencial.

En todo caso los sabios extraviados que llegan á admitir que el alma no muere con el cuerpo, no tienen porqué substituir el dogma misterioso, pero por cierto razonable, de la resurrección del cuerpo, por metemiscosis ridículas y vergonzosas, ó por sueños más extravagantes todavía.

Concluyo esta larga discusión afirmando que el hombre de la Revelación, síntesis verdaderamente grandiosa, natural y sobrenatural á la vez, está perfectamente conforme con la razón en lo que esta tiene de accesible á la inteligencia; que en lo que tiene de impenetrable más es afirmada que negada por la verdadera ciencia; que la

falsa ciencia la combate con armas insensatas que la degradan.

Capítulo sexto.—Unidad de origen adámico y noáquico del hombre. Unidad de origen y de especie. Unidad de origen.—La Revelación nos enseña que la humanidad entera, tal como existe y puebla actualmente la tierra, descendiende de una sola union. Adán y Eva. «Dios, dice san Pablo, ha hecho que el género humano descienda de uno solo, y que habitase toda la superficie de la tierra, marcando á cada pueblo el tiempo de su existencia y los límites de su morada.» En rigor este anuncio del dogma católico no exclua la presencia en la tierra, en las épocas geológicas, de seres humanos ó antromorfos que fabricaran los pretendidos pedernales tallados que hanse encontrado en gran número en los terrenos terciarios de Thé-nay. Pero estos preadamitas sólo existen en la imaginacion de un pequenísimo número de geólogos, quienes admiten además que esta raza humana ó casi humana está extinguida hace ya mucho tiempo, y que nada tiene que ver con la raza adámica que vino despues y llegó á la mas alta perfeccion progresiva.

La Revelacion señala á la humanidad una segunda unidad de origen. Debe venir toda ella de Noé y sus hijos. «Fueron, pues, los hijos de Noé, dice el Génesis, que salieron del arca, *Sem, Cham y Japhet*: y de estos se propagó todo el linaje de los hombres sobre la tierra.» Para llevar á cabo esta diseminacion, la Revelacion hace intervenir un milagro, la confusion de las lenguas, cuya realidad atestigua una constante tradicion. Además el solo capitulo X del Génesis que nos relata la division de la tierra entre los tres hijos de Noé, es una imponente leccion de historia y geografia, que no han podido desmentir todos los esfuerzos de los filólogos, etnógrafos y geógrafos antiguos y modernos.

Cuando con los más célebres arqueólogos de nuestros dias preguntamos á los grandes descubrimientos de la

ciencia moderna el origen de las antiguas civilizaciones de Oriente, encontramos á estas descendiendo de la dispersion de los hijos de Noé. Además, nada más evidente que la posibilidad de estas diversas emigraciones, voluntarias ó forzadas, por en medio de los estrechos y bajo la accion de corrientes aéreas y marinas, cuya existencia en todos los océanos ha demostrado la fisica del globo. La Revelacion anuncia, pues, el dogma de la doble unidad de origen de la familia humana, luego esta doble unidad es un hecho tan claro que es imposible desconocer.

Unidad de especie.—Una cosa es la unidad de origen y otra la unidad de especie. Los hombres podrian descender todos de una misma union, como lo dice la Revelacion, sin formar una sola y única especie humana. Nosotros podríamos, pues, hacer intervenir la Revelacion en el debate entre los monogenistas que afirman la unidad de la especie humana, y los poligenistas que la niegan. Pero probaremos hasta la evidencia que, aun en el terreno de la unidad de especie del género humano, la Revelacion y la ciencia están completamente de acuerdo. La lista de los monogenistas, entre los cuales se encuentran los fundadores y los legisladores de la Antropogenia, es muy numerosa é imponente; mientras que al contrario la de los heterogenistas es relativamente poco numerosa y sin autoridad. Esta, así como la tradicion y la historia, establece la doble unidad del hombre. Hay más; nuestros más encarnizados adversarios, desde que aspiran á levantar una punta del velo que oculta el misterio de los orígenes humanos, vienen, por medio de mil hipótesis gratuitas hasta lo ridículo, á afirmar no tan sólo la unidad de origen, que nos consta completamente, si que tambien la unidad de especie. Además pruebo directamente que con las teorías de la ciencia actual, estamos completamente autorizados para sostener que el género humano forma una especie única, y en ésta razas diversas y distintas, llamadas razas humanas. El fondo de la cuestion se reduce á reconocersi el hombre es un híbrido

nacido del cruzamiento de dos especies diferentes, ó un mestizo de la union de razas pertenecientes á una misma especie. Así, pues, el hombre es incontestablemente un *mestizo* y no un *híbrido*. En efecto, el carácter propio del híbrido es la tendencia invencible á volver á una de las dos especies que lo produjo; el híbrido es casi esencialmente infecundo, mientras que los cruzamientos de las razas humanas son fecundas de una manera regular, continua é indefinida. Estas razas constituyen, pues, una sola y única especie.

Nosotros no tenemos el secreto de Dios, ni el de la naturaleza; pero por lo que vemos en torno nuestro, podemos suficientemente explicar las modificaciones de la especie humana que, con el nombre de variedades ó razas, llenan la tierra. En todos los seres organizados la especie está sometida á una doble acción contraria, á dos fuerzas antagonistas: una, la sucesion que tiende á mantener en cada individuo el carácter del tipo primitivo ó de la especie; otra, la influencia de los medios, agentes exteriores ó interiores, que tienden al contrario á modificarle. Estas dos acciones enérgicas y continuas son incontestablemente las causas eficaces de la producción y subsistencia de los caracteres de las razas fuera aun de toda intervencion humana. A su vez el efecto de la intervencion humana, es la introduccion de un elemento nuevo en la formacion de las razas. Basta, en efecto, que una especie esté bajo la mano del hombre para que comience á degenerar, y este degeneramiento es tanto más profundo, cuanto más aplique el hombre su inteligencia y voluntad á dirigir las dos acciones combinadas de la sucesion y de los medios. Así, pues, las variaciones de la especie humana serán más extensas y profundas, si no son contrariadas por tres obstáculos dignos de considerarse: la antigüedad de razas, la ausencia de la seleccion y el modo artificial de proteccion que el hombre sabe oponer á la acción de los medios. Y sin embargo, á pesar de estos tres obstáculos, la acción de los medios, ayudada por generaciones sucesivas,

basta para explicar las divergencias y anomalías más exageradas de las razas humanas.

Por lo mismo que la Revelacion afirma, no la unidad de especie, sino simplemente la unidad de tronco ú origen, no tenemos que examinar si algunas razas humanas, forzadas tal vez á constituir especies distintas, han podido llegar á ser infecundas en su crecimiento; podemos sin embargo probar por los hechos que esta infecundidad no existe, ó al menos que de ninguna manera está demostrada.

Llegamos por fin á las pruebas directas de la unidad específica de las razas humanas. Los caracteres distintivos de la especie humana son: el gran desarrollo del cerebro, la conformacion de las manos y la oposicion del índice y pulgar, que le hacen dar el nombre de bímano; la cualidad de bípedo y la postura vertical; el perfeccionamiento infinito, etc. Todos los hombres de cualquier raza humana á que pertenezcan, poseen estos caracteres esenciales; luego todos forman una sola y única especie. Nadie piensa negar la unidad de especie de las razas de nuestros animales domésticos; así, pues, resulta de la discusion emprendida por un gran número de naturalistas que las diferencias entre las diversas razas humanas son en el mismo y aun en menor orden que la que hay entre las diversas razas domésticas. Pruebo que es así, ya sea por los caracteres exteriores, la figura, el volumen y las proporciones de los miembros, la piel y sus vellosidades, sea por los caracteres anatómicos de las vértebras, de la cabeza y del semblante, del cráneo y del cerebro, sea por los caracteres fisiológicos, la fuerza muscular, las fuerzas genésicas, sea, en fin, por los caracteres psicológicos, el instinto y el sentimiento religioso.

¡Cosa extraña! los naturalistas que hacen abierta profesion de ateísmo, átrévense á invocar en favor de la pluralidad de la especie humana el testimonio de un pequesísimo número de misioneros, que segun ellos afirman, han encontrado poblaciones salvajes sin idea alguna de un

Sér divino. Ellos pertenecerían, pues, también á otra especie, pues que niegan toda causalidad ó finalidad cualquiera, y que á sus ojos todo lo que argüiria un Dios, colocaria al mundo y al hombre bajo una tutela indigna de uno y otro.

Estos mismos sabios indignanse, cuando pretendemos hacerles ver en los nueve décimos de las poblaciones humanas á hermanos desamparados, degradados, degenerados, mientras que sería más noble ver en estos grupos de existencias otras tantas especies diferentes, prosiguiendo cada una sus destinos propios. Pero la degeneracion de las especies no depende de las especulaciones ni de la voluntad humana. Es absolutamente cierto que la tierra está poblada de grupos humanos venidos de un centro primitivo de civilizacion, caidos en la barbarie, y todas las investigaciones de los historiadores y viajeros no les han podido aun hacer constar la existencia de un solo pueblo de autóctonos. Si los negros y los salvajes americanos no son hombres como nosotros, los anglo-americanos están completamente en su derecho, dominando al negro, haciéndole servir como animal de carga ó de tiro, y batiendo á los Pielés Rojas.

Nada en el exterior diferencia más las razas humanas ni tiende más á constituir la en estado de especies distintas, como la multiplicidad y variedad infinita de las lenguas habladas por ellas. Pero los argumentos de aquellos que oponen á la unidad de la especie humana la multiplicidad de las lenguas, suponen explícita ó implícitamente la unidad de origen de un gran número de pueblos y la unidad de origen en el sentido de la relacion de Moisés, es decir, en el grupo de tres familias: Semítica, Cámica y Jaética. Por otra parte las pruebas de la unidad de origen adámica y noáquica que se hallan en la filología son innumerales, mas aun son en cierta manera superabundantes y excesivas. Los Libros santos, en efecto, hablan de la confusion de las lenguas en términos tales, que de ninguna manera es necesario admitir entre las di-

versas lenguas lazos ó relaciones primitivas. Fuera de esto, ha sucedido aquí lo que sucederá siempre: la semi-ciencia es impía; la ciencia adulta y completa hácese voluntariamente cristiana. Además la filología relativamente ha hecho progresos, pues ha revelado entre las diversas lenguas afinidades ó elementos comunes, sin los cuales ninguna de ellas pudo existir, lo que le obligará á conceder la existencia anterior de una lengua primitiva de la cual únicamente han salido los elementos comunes y esenciales á todas. Esta conclusion es la de todas las ilustraciones de la filología comparada. Definitivamente la comparacion de las lenguas es evidentemente más favorable que contraria á la doctrina de una descendencia comun. Antes al contrario afirma que toda la especie humana formaba en los principios una sola familia y, segun la expresion del escritor sagrado, una sola lengua y un solo lenguaje. Pero repetímoslo todavia: este testimonio no era necesario, porque nada exige que los diversos idiomas hablados en otro tiempo ú hoy dia sean derivados ó no de la misma lengua primitiva, subsistente ó perdida.

Es un hecho que los hombres de todas las razas conocidas y desconocidas pueden aprender y hablar todas las lenguas, sea naturalmente por la educacion primera, sea artificialmente por estudios subsiguientes; luego la hipótesis de que haya organismos físicos ó intelectuales diferentes es arbitraria y falsa.

Puesto que hoy está en boga la ciencia experimental, ¿por qué la Antropología, tomando su sistema por lo sério, no confiará en sí misma, y se instalará en una colonia bien situada, bien organizada, para hacer alimentar y educar por nodrizas escogidas bastante número de niños entresacados del seno de las razas en la apariencia más degradadas? Nuestros adversarios se guardarán muy bien de hacer esta experiencia, porque están ciertos que haria resplandecer la unidad esencial de origen y especie de todas las razas humanas, bajo el punto de vista físico, fisiológico y psicológico. Despues de algunas gene-

raciones procedentes de uniones entre individuos de las mismas razas, tal vez antes que se hubiese recurrido á los cruzamientos, veríanse borrar poco á poco, para disiparse por último, las diferencias, en realidad muy secundarias, que se ha tenido la audacia de elevar á la altura de caracteres de especies. Ellas sólo son en realidad caracteres de variedades ó de razas, cuyo origen evidente es la sucesión servida por medios tomados en su acepción mas general.

Capítulo séptimo.—Antigüedad del hombre.—Estado de la cuestion.—Estamos en la época fatal en que el hombre sólo es atraído por la falsedad. Así, pues, la falsedad que publica más y más la incredulidad es la falsedad de la eternidad del mundo y del hombre, porque ella hace desvanecer como por encanto toda idea de creacion y de un Dios creador. De otra parte lo que inclinaria mejor los espíritus á creer en el sueño de la eternidad del mundo sería el dogma científico de la antigüedad indefinida del género humano. Hé aquí cómo y por qué este dogma ha llegado á ser el gran caballo de batalla de la ciencia sublevada contra la fe.

Pero nadie se ilusione; toda doctrina que no considere al mundo eterno, ó al menos al prototipo ó protoplasma del que el hombre desciende por una serie de transformaciones ó evoluciones debidas al solo ejercicio de las fuerzas eternas de la naturaleza, no satisfará á la incredulidad. Los treinta, cincuenta, cien, doscientos mil años que los geólogos y arqueólogos pretenden adquirir para la humanidad, les son en el fondo indiferentes. En realidad, la cuestion de la antigüedad del hombre no es más que un artificio hipócrita, y podría dispensarme de discutirla. Lo que quieren es la eternidad del hombre, eternidad al menos virtual, sin relacion ni dependencia alguna de Dios.

Esta eternidad ó al menos esta antigüedad indefinida del hombre, la ciencia, aunque en el fondo poco le im-

porte, ¿ha logrado establecerla? Ha levantado ante la verdad una andamiada de hechos que la oculta á todas las miradas; la seducción ha sido general, pero en esta cuestion capital como en todas las otras, pruebo victoriosamente que la Revelacion no ha sido descañillada siquiera.

La cuestion de la antigüedad del hombre en la actualidad puede reducirse á estos términos: ¿la existencia de Adán se remonta, no á algunos miles de años, sino á algunos miles de siglos? Con esta forma ¿quién podrá resolverse por la afirmativa? ¡Nadie! Tanto más que aquellos que han sido llevados á fingir una conviccion contraria, fuéronlo siempre arrastrados por ideas preconcebidas, por sistemas forjados á su gusto, y que esta gran verdad de ninguna manera es oscurecida por los hechos ó los descubrimientos de la geología, de la paleontología ó de otra ciencia cualquiera.

Cronología bíblica.—Nosotros concedemos sin trabajo con el mayor número de intérpretes y comentadores que la cronología del Antiguo Testamento de ninguna manera está fijada por sí misma, que no está tampoco definida por la Iglesia, y que la fecha exacta de la creacion del hombre ó de su primera aparicion en la tierra permanece completamente incierta y desconocida. Pero nosotros mantenemos que sería una temeridad colocarlo más allá de *ocho mil años*. Ocho mil años no es nada para las imaginaciones que quieren perderse en sus aspiraciones y en sueños, pero es enorme para los espíritus serios que, como el gran Cuvier, han profundizado el conjunto entero de los hechos de la naturaleza. Demuestro que, aun penetrando en las penumbras y sombras de la historia, cerando solamente ante sí la region de las falsedades, de la mitología, de lo imposible, de lo absurdo, el más aventurado espíritu no podria en lo pasado remontarse más allá de ocho mil años.

Todos los pueblos y sus primeros historiadores esforzaronse en darse y dar á la humanidad una antigüedad des-

mesurada, perdiéndose en la noche indefinida de los tiempos. Un solo historiador, el historiador del pueblo judío, un solo pueblo, el pueblo judío, no han vacilado en señalar á su origen y al del género humano una fecha reciente, fijada en algunos centenares de años. Nos revelan sin vacilacion el nombre del padre único del género humano y nos enumeran, salva tal vez la omision forzosa de algunos de nuestros mayores que no tuvieron hijos varones, las generaciones que nos separan y nos acercan á Adán. Aún hacen más; nos dan la genealogía de todos los otros pueblos en su principio y nacimiento; nos los muestran descendientes todos de Noé y sus hijos obligados á dispersarse por un acontecimiento milagroso, pero histórico con toda certeza, y á esparramarse hasta las extremidades de la tierra. Aquí no hay sueños, sino una brillante claridad; no hay falsedades, sino una cadena interrumpida, de la cual somos como eslabones vivientes. Y por una extraña aberracion, en un siglo positivista, que sólo pretende aceptar los hechos y las leyes, las simpatías de un gran número de personas son para la antigüedad fabulosa de los pueblos paganos y sus mentirosas historias, y sus antipatías, me atreveré casi á decir, su odio para el pueblo judío y su historiador Moisés.

Los monumentos.—El gran pretexto para esta necesidad insensata de antigüedad es siempre la hipótesis gratuita y absurda del estado salvaje, como condicion primitiva del género humano; pero esta barbarie inicial jamás ha existido, al menos en Egipto. En efecto, la gran pirámide de Gizéh, el más antiguo de los monumentos egipcios y tambien el más admirable, no solamente por su naturaleza, dimensiones, volúmen, fondo, solidez incomparable de su construccion y ausencia completa de jeroglíficos y nombres propios, sino tambien por los misterios que encierra, los cuales llama M. Piazzi-Smyth su inteligencia, por la significacion extraordinaria de todos los elementos de su construccion, significacion que denota una

ciencia muy adelantada, adquirida ó revelada. Esta ciencia misteriosa que nos revela la gran Pirámide y que es para los partidarios del estado salvaje, ó del desarrollo sucesivo de la humanidad por sí misma, una derrota completa, la encontramos en los ciclos ó nombres astronómicos del profeta Daniel, secreto que nos ha hecho patente un sabio astrónomo, M. de Chezeaux; nosotros lo explicamos por las largas vidas de los patriarcas que sucedieron durante dos mil años á Adán, que salió adulto de manos del Dios creador, en toda la plenitud de su inteligencia y demás facultades.

Resuella para el Egipto, la cuestion de la antigüedad del hombre lo es asimismo para todos los otros pueblos. Resuella monumentalmente esta gran cuestion, lo ha sido tambien geológicamente por confesion de nuestros adversarios, pues uno de los más encarnizados entre ellos, M. Luis Buchner, no ha vacilado en decir: «al mismo tiempo en que el indígena europeo con sus pobres armas de piedra perseguía á los animales monteses, ya en el otro lado del Mediterraneo, en la feliz region que riega el Nilo, florecian poderosas y espléndidas ciudades, las artes y las ciencias eran cultivadas en todos sus ramos, un gobierno regular mantenía relaciones comerciales á lo largo de las playas mediterráneas, etc., etc.

La Historia.—Cuando, despues de haber interrogado á los monumentos, interrogamos á la historia, el hecho de la neo-antigüedad del hombre resalta todavía de la manera más clara. Y desde luego ¿qué historia osará compararse á la de Moisés? Era sacerdote de Hierápolis, es decir, instruido y sabio; escribía para un pueblo que habia pasado tres ó cuatrocientos años en Egipto; habia visto integros los monumentos más antiguos, monumentos que cuentan hoy día tres mil años de existencia y que hablan una lengua que era la suya, mientras que nuestros sabios no hacen más que balbucearla ó deletrearla apenas. Oponer Herodoto y Manethon á Moisés es insultar á la razon y al buen

sentido: sin vileza, sin cierta especie de atentado contra la verdad, no se puede aceptar no tan sólo la lucha, sino ni siquiera proponerla, tanto más que la obra que lleva el nombre de Moisés está entera, perfectamente conservada y por todas partes es la misma, mientras que la obra de Manethon, relativamente reciente, no la conocemos más que por fragmentos informes, cuyas diversas versiones presentan entre sí diferencias considerables.

No obstante, interrogados y discutidos con atención, Herodoto, Diodoro de Sicilia, Manethon, los papiros de Turin, la sala de antigüedades del templo de Carnach, las tablas de Abydos, la antigua Crónica, etc., etc., de ninguna manera señalan al Egipto una antigüedad que difiera notablemente de la establecida por Moisés y la gran Pirámide.

La Astronomía.—Interrogada á su vez, la astronomía de los antiguos no supone de ninguna manera ni observaciones prolongadas durante largos siglos, ni una antigüedad desmesurada. En efecto, los egipcios no han conocido hasta muy tarde el año zodiacal de 365 días y un cuarto, y con mucha más razón el período zodiacal de 1460 años solares; y M. Biot no vacila en deducir de una larguísima discusión que la duración numérica de este período ha sido deducida en el segundo siglo de nuestra era, no por observaciones anteriores, sino por teorías astronómicas y por un cálculo retrógrado, para darle la apariencia de una determinación directa.

Dupuy quería que el Egipto fuese el país natal del zodiaco y que su origen se remontase á quince ó diez y seis mil años; pero, y lo probamos de sobras en otra parte, ninguna representación zodiacal completa se encuentra en los monumentos egipcios anteriores á la dominación romana; y en los zodiacos incompletos, el Sagitario está representado por un centauro, figura propia á la mitología griega y completamente extraña al arte egipcio. Está, pues, completamente en nuestro derecho el afirmar estas

deducciones de M. Carlos Lenormant: «La población de Egipto pertenece á la raza de Cham, y vino del Asia á establecerse en los valles del Nilo por el camino de Siria. Es un hecho adquirido para la ciencia y que confirman completamente los datos de Moisés.»

Los anales y la astronomía de los otros pueblos, de los Caldeos, Asirios, Babilonios, Indios, Indo-Europeos, Chinos, Persas, Georgianos y Armenios, Fenicios y Cananeos, Griegos y Arabes, hablan muy alto el mismo lenguaje. No solamente las tradiciones de algunos de estos pueblos no se remontan más allá de ocho mil años, fecha que la Revelación permite señalar á la creación del hombre, sino que los designan como descendientes de Noé y señalan su origen como posterior á los grandes hechos del diluvio y de la dispersión.

Un corto número de escritores, por otra parte ortodoxos, no vacilan en admitir que el hombre antediluviano habia habitado toda la tierra, y que los restos de existencias ó de industrias humanas encontrados en los terrenos cuaternarios pertenecian al hombre antes del diluvio; pero estoy en la convicción profunda de que estos restos pertenecian al hombre de la dispersión, lo he afirmado y lo voy á demostrar invenciblemente en los capítulos siguientes.

Capítulo octavo.—Antigüedad del hombre. (Continuación).—Cuando en agosto de 1871 confióseme el presentar á la Asociación británica del fomento de las ciencias los sílices labrados encontrados por el abate M. Richard en Gál-gala, en la tumba de Josué, allí donde la Vulgata y los Setenta declaraban habia que buscarlos, no vacilé en decir: Estos pedernales encontrados en la superficie de la tierra, en Siria y Egipto, entre los cuales se encuentran todos los tipos conocidos, por históricos que sean, son más antiguos aún que los mismos de Saint-Acheul. Añadía que la cuestión de la antigüedad del hombre, en sus relaciones con la geología y paleontología, estaba completamente re-